



¡Generación natural!

La resiliencia de la naturaleza ante nuestra vocación destructora

Si en algo coincidimos, a pesar de las disímiles posiciones que día a día tomamos con ocasión del rumbo de la pandemia, es que el mundo se desaceleró. La economía, con resultados especialmente nefastos para los más marginados; la vida social, obligándonos a un aislamiento riguroso, la incertidumbre por el cierre de negocios y la pérdida de empleos, la agenda cultural que vio con asombro el cierre de teatros y museos; y la confusión de no saber “qué día es”, “a qué horas empezamos” y “cuánto tardamos” por la relatividad del tiempo; así, se ha venido deteniendo la máquina de mayor impulso de la humanidad: el poder destructor del ser humano. Quizás, por fortuna, lo único que no se desaceleró fue la naturaleza, pues mientras nos suspendemos a pesar de nuestra resistencia, esta despliega lo mejor de su belleza ante nosotros y hace uso de la libertad que le habíamos limitado por nuestra perversa destrucción.

En un pasaje del evangelio, Jesús dicta una frase que evoca a creyentes y no creyentes a pensar en la grandeza de la naturaleza: “Miren las aves del campo, ni cultivan, ni trabajan, ni se esfuerzan, y se alimentan mejor que los humanos”. (Mateo 6, 26). Esta afirmación resuena hoy con contundencia, cuando en medio de las horas eternas que esta generando el aislamiento, por nuestras ventanas podemos contemplar cómo, el hacer un paréntesis al ejercicio desenfrenado de modificarlo todo, propio de nuestra interacción con la naturaleza, ha dado paso a que florezcan las plantas, los ríos y mares recobren sus aguas cristalinas, que las aves del cielo trinen con libertad, la vegetación crezca aleatoriamente sin la mano limitante del ser humano, que los animales paseen sin miedo por un territorio que nuestras prácticas cotidianas les han vetado, y que el aire fresco circule sin la presión de nuestra voraz acción.

El capitalismo exacerbado que, desde los procesos de mercantilización de la era industrial, fue despreciando progresivamente el campo y sus expresiones de ruralidad, para darle espacio a los lugares fabricados y artificiales en las grandes ciudades, quiso reemplazar las cálidas praderas por áreas extensas de frío cemento, los árboles frondosos por edificios que obstruyen verticalmente el libre paso del viento, la respiración del hálito vida por la contaminación digital. Sus prácticas aceleradas nos han llevado a confundir progreso con intervenir frenéticamente la lógica del tiempo, aniquilar la naturaleza y transformar en artefactos sus potencialidades, pensando que su grandeza no esta en ser en sí misma, sino en su potencial como materia prima.

www.caribefirmativo.lgbt

direccion@caribefirmativo.lgbt / caribefirmativo@gmail.com
BarranquillaCartagena, Colombia.



El mundo que nos tocó vivir, y al que contribuimos a su existencia, es el del auge de las grandes ciudades de cemento, contra el olvido de los parajes rurales, el cambio de la belleza natural de una caída de agua o del florecimiento de un campo, por la magia de las pantallas y el silenciamiento del sonido de los pájaros que alegraban nuestras mañanas reflexivas al despertarnos por el estridente ruido de los autos, que nos convulsiona y nos da la primera dosis de tedio al empezar la jornada.

Muchos nacimos en el campo o nuestras familias provienen de allí, y como presos de una realidad sin futuro, a veces por la violencia, otras veces por la falsa idea de progreso, corrimos a poblar las ciudades en sus márgenes; dejamos de disfrutar los extensos caminos por el afán de ver autopistas de asfalto; las grandes casas de bareque con espacios generosos y vegetación propia, con patios que expresaban la grandeza de nuestro universo, donde pasábamos horas jugando con las cosas propias del lugar, animadas e inanimadas, piedras, frutos, animales, sin que se nos hicieran eternos los momentos, saciando nuestros antojos con árboles frutales, para estar hoy hacinados en pequeños apartamentos insalubres, inanimados, que nos reducen la vida y los sueños, y nos alejan del asombro propio de sentirnos alguien más en la inmensa creación.

“Vivir la naturaleza” la cambiamos por la “sobrevivir contra la naturaleza”; en la primera éramos felices solo por pensar y movernos al ritmo que lo que nos rodeaba; en la segunda requerimos de artefactos, de capital para construir escenarios de felicidad efímera; en la primera el ciclo de la vida nos despierta, nos duerme, nos alimenta, nos alivia y nos educa; en la segunda, el afán desenfrenado, nos enferma, nos acelera, nos lleva al olvido de nosotros mismos, por una realización que al final no nos pertenece. Toda esa dinámica dialéctica de despreciar el campo y valorar el cemento hoy nos pasa factura: Este aislamiento en la gran ciudad es caótico, asfixiante, enfermizo; cuánto anhelamos estar en el campo, correr entre los sembrados, levantarnos con el canto de las aves, recoger el fruto de la tierra para alimentarnos y, sobre todo, escuchar en nuestros oídos la grandeza de la naturaleza y acogerla con humildad y gratitud por darnos la vida.

El gran problema de nuestra generación es que somos tan artificiales que hemos olvidado la esencia de lo natural, que nos constituye en un sistema “autopoiético”: vivimos porque emanamos una dinámica de vida en relación con un sistema de producción en un ecosistema de nosotros mismos, haciendo que el mundo sea el resultado de lo que configuramos y no de lo que encontramos, demandándonos así unas relaciones dadas, no desde el dominio y control como una especie dominante, sino del accionar, como uno más, en sincronía desde la convivencia para la conservación.



Las relaciones del ser humano con su entorno han perdido, lo que en Humberto Maturana se denomina, “la biología del amor”, que es entendida como la capacidad de relación con su entorno bajo la lógica del cuidado y no de la destrucción; que, en vez de acabar, reconstruye lo averiado, que no aniquila los frutos de la creación, sino que se transforma en la medida de su dinámica natural. Sin embargo, las relaciones no son coherentes con esta armonía, dando origen a alteraciones fisiológicas que afectan del entorno su potencial de vida y de nosotros la dinámica motora, endocrina e inmunitaria, demostrándonos que cada que buscamos ser más fuertes, terminamos siendo más débiles.

La pandemia que vivimos hoy tiene precisamente su origen en nuestra capacidad de destrucción, parece que estamos ante un caso de zoonosis: esa perversa manipulación que hacemos de la realidad natural, que nos llevó a hacernos daño a nosotros mismos, pero, si se quiere, esta fue una gota que llenó más la copa, pues, antes del COVID, la destrucción sistemática de bosques, la contaminación de cuerpos de agua, el consumo desmedido de productos naturales, el mal uso de los suelos con fines netamente comerciales y la devastación de zonas de protección venían siendo la relación cotidiana del hombre “destructor” con la naturaleza “resiliente”. La sumatoria que año tras año tenemos de deforestación de bosques amazónicos, o de pérdida de terreno por erosión provocada en el Caribe, toneladas de desechos tóxicos en los cuerpos de agua, la contaminación del aire que respiramos y el afán de transformar lo natural por lo artificial, han sido una bomba de tiempo fabricada por la misma humanidad para la autodestrucción de su bien máspreciado.

Hace rato las y los ambientalistas venían llamando la atención, y ahora su llamado es contundente y emergente: De la reconciliación con la tierra depende el futuro de nuestro bienestar, y tiene que ser en doble vía, pues la naturaleza ya ha cumplido su parte, ha sido resiliente y ha soportado, con algunas pérdidas por nuestra práctica destructora, pero sigue allí, y lo está demostrando ofreciéndonos mágicos amaneceres, maravillosas brisas que abrazan nuestros cuerpos, el verdor de los campos que desbordan cualquier asomo estético, colmando árboles y plantas de frutos y flores, y componiendo sonidos que son melodía para el alma y todo ello junto en estos días de aislamiento, así sea viéndolo en nuestras pantallas, nos ha devuelto la esperanza y las ganas de vivir. Ahora es nuestro turno, debemos bajar las armas de la destrucción natural y comprender que no somos sus dueños, ni hacedores, sino que somos junto con ella unos y unas más en el universo, y en esa complementariedad debemos desarrollar la vida. Como recomienda Maturana: “La existencia de un ser vivo en armonía con su circunstancia, se da en la armonía interna



que le permite, como el esquiador que se desliza según la curvatura del terreno, moverse adecuadamente en un espacio de existencia legítima, pues, la única circunstancia que hace que la existencia humana sea legítima, es la armonía con la circunstancia del otro”.

Esta urbanidad desenfrenada debe concluir, y eso no significa abandonar las ciudades, pero sí romper su cerco que impide que la naturaleza traiga su magia a nuestros conglomerados. Necesitamos que la ruralidad no siga siendo el espacio del olvido y la urbanidad de cemento el recinto del futuro; requerimos ser más reflexivos, entendernos como sujetos en relación, cambiar las prácticas de destrucción de lo otro por las de transformación con lo otro, y entender la vida como un todo integral, transitando el sendero del ciclo natural, el de la felicidad en las pequeñas cosas, el disfrutar lo que nos da la vida, el de valorar en cada acto espontáneo la grandeza del universo.

Wilson Castañeda Castro

Director

Caribe Afirmativo